

Espectros sonoros de la desaparición: La relación de quien espera con la acústica de un mundo ambiguo.¹

Juan Ángel Agudelo Hernández² – Universidad de los Andes

Presentada en el Congreso XXI de la Asociación de Colombianistas: 17 de Julio, 2019



I

El día 11 de abril de 2018, durante un viaje al departamento de Norte de Santander, visité uno de los cientos de paisajes desgarrados por el horror del conflicto armado colombiano. A veinte minutos de la ciudad de Cúcuta, entre la espesa naturaleza que rodea al corregimiento de Juan Frío, se erige un edificio siniestro, a veces nombrado trapiche, a veces ladrillera, pero más conocido

¹ La investigación fue financiada por la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de los Andes, dentro del marco del proyecto investigativo 'La habitabilidad del fantasma'.

² Psicólogo profesional y Magíster en Psicología de la Universidad de los Andes, Bogotá, Colombia.

como ‘el horno’. En ese deteriorado lugar, se estima que más de quinientas personas fueron desaparecidas por integrantes de las Autodefensas Unidas de Colombia.

Mientras caminaba la gredosa tierra que rodea el edificio, trataba de captar cada pequeño detalle de su naturaleza inquietante. Con una grabadora de audio en mi mano, conectada a unos audífonos a su vez puestos sobre mis oídos, sentía que una especie de vida silenciosa, escondida entre la maleza y las hojas secas, se amplificaba para hablar una lengua ilegible. Cada paso estremecía el aire con una serie de rupturas en ritmos dispares, como removiendo no sólo el espacio, sino el tiempo que le había recubierto de naturaleza muerta. Una gran variedad de pequeños animalitos – orugas, hormigas, zancudos y caracoles- dotaban de un movimiento misterioso, apenas perceptible, a los ladrillos que ya habían reclamado como suyos. Los miembros de la comunidad que también subieron al horno se reunían en pequeños grupos dispersos en el perímetro para contar entre murmullos las historias de quienes fueron convertidos en ceniza.

Sin embargo, el protagonista de aquel pedazo de tierra maldito no era propiamente su ruido tan presente, sino el impenetrable silencio de un hueco, el hueco donde los cuerpos eran incinerados, “el puto hueco”, así nombrado por Javier Osuna (2009) en el libro que me dio a conocer la historia de esta ladrillera venida a menos. No puedo sino concordar con él. No hay otra manera de abordar la barrera imposible, convertida en aire y silencio, que suplanta los rostros de las víctimas, sus nombres, sus deseos y memorias. Lo más estremecedor del horno es que no se puede sino forzar la imaginación, hasta que duele la cabeza, buscando sentirse conmovido por los susurros de quienes sufrieron sus últimos momentos en un espacio lleno de vacío y hollín.

No había nada que ver, no había nada que oír, o más bien, solo quedaba la nada para ser vista y escuchada. La relación con lo que no está no puede sino sentirse en gritos mudos. Y esta es la

impresión que me siguió en el camino a Cúcuta, y en el camino a Bogotá, y en los diversos caminos transitados todo ese año: ¿Qué se puede extraer de un grito mudo?

II

Aterra pensar que los quinientos desaparecidos de Juan Frío se dispersan y pierden como ceniza en un cúmulo de estadísticas que sólo parecen crecer: Medicina Legal habla de veinte mil; el Registro Único de Víctimas habla de cuarenta mil; el Centro Nacional de Memoria Histórica habla de ochenta mil; la Unidad de Búsqueda habla de más de cien mil. No obstante, más aterrador es entender que la desaparición no solo se cierne contra el desaparecido, que (dadas las cifras anteriores) existen mínimo cien mil personas en Colombia que habitan junto al puto hueco atravesado en sus casas, en sus barrios, en las habitaciones donde duermen cada noche.

Habitamos un país de silencios perversos. Pero esto no es consecuencia de las ausencias que en él han sido forzadas, más bien es el efecto de la imposibilidad de apuntar con el dedo algo que las compruebe ausentes. Así, los desaparecidos nos instan, en palabras de Gabriel Gatti (2008), no como meros vacíos, sino como entidades provocadas por una catástrofe del sentido: Muertos-vivos, presencias-ausentes, ausencias-presentes. Presencias ambiguas que habitan como vacíos llenos de imposibilidad y que ‘desarticulan el tiempo’ –como diría Derrida (1998)-, difuminando las coordenadas básicas del aquí y el allá, de la vida y la muerte, del pasado y el futuro.

De este modo, la desaparición es un crimen contra la representación del mundo, contra la historia y contra la narración de un otro que ha sido desterrado más allá de lo legible. Sin embargo, la desaparición es un crimen aún más desconcertante para los testigos del hueco, quienes han sido forzados a habitar y desear lo intestimoniable, desterrando también su dolor, su añoranza y su memoria más allá del sentido.

Sin embargo, en los límites de lo simbólico cabe una pregunta -probablemente la pregunta psicoanalítica por excelencia- ¿Dónde está lo reprimido? Allí no sólo se incluye la imperiosa pregunta por el lugar del desaparecido (lo reprimido por la violencia), también la pregunta por el lugar de su representación prohibida (aquella que Jean-Luc Nancy buscó entre las imágenes de Auschwitz).

¿Dónde está la representación de lo que no se puede entender? ¿Dónde está la narración de la memoria imposible? *El día de hoy vengo a anunciar que el desaparecido está en los gritos mudos y que a través de ellos se puede encontrar un lugar posible a la imposibilidad del lugar.* Si indagar por la narración nos lleva a su inevitable quiebre ante una violencia irrepresentable, indagar por el hueco mismo nos revela que allí no solo hay aire, sino un espacio donde se articulan y configuran formas de vida posibles ‘a la escucha’ del desaparecido. En otras palabras, vengo a decir que la violencia contra el otro como sujeto ‘allí’ en el mundo, no lo elimina, más bien, llena el espacio con la etérea vibración de su ausencia; ausencia que habla, ausencia que llama, ausencia resonante.

A través de una investigación preocupada no por el sentido, sino por el forcejeo con el mismo, vengo a exponer cómo la memoria imposible es un lugar de habitabilidad y conversación espectral, donde se sostiene la búsqueda por verdad y justicia. A través de una investigación dirigida a la experiencia sensible de los testigos de lo intestimoniable, vengo a exponer mi recorrido tratando de saber: *¿Cómo se relacionan los familiares de personas desaparecidas con las memorias sonoras de sus seres queridos?*

III

La pregunta por los sentidos, en este caso la audición, y por la memoria, en este caso aquella relacionada con el desaparecido, se abordó como una pregunta por la habitabilidad de la vida

cotidiana. Esto requirió un acercamiento a lo familiar para los participantes, no sólo a través de preguntas, sino visitando e interactuando con sonidos, canciones, objetos y espacios. Así, reconociendo las brechas, tanto entre investigador y participante, como entre el sentido y los sentidos –especialmente en escenarios de desaparición- busqué aquello Charles Briggs (1986) denominó *hacer con los otros*; acto que aplicado a mi investigación, no solo significó escuchar lo que se dice sobre la escucha, también requirió una *escucha de la escucha*, la articulación de momentos compartidos para oír los recuerdos y asistir al mismo acto de memoria (o de su imposibilidad).

De esta manera, construí un protocolo de repetidos encuentros, dedicados a explorar diferentes manifestaciones sonoras, entre ellas: La música, las voces, los sonidos corporales, los sonidos de objetos y los sonidos ‘otros’. Luego de cada entrevista, mi trabajo fue conseguir estímulos sonoros propios de la experiencia de los participantes, a fin de que, en la siguiente sesión, pudiéramos escucharlos, discutir sus memorias asociadas y discutir el propio acto de recordar a través del sonido.

Evidentemente, lo anterior significó para mí, un enfrentamiento a los efectos de la desaparición. La mayoría de los sonidos discutidos claramente estaban vetados de la recolección, en tanto ya habían sido vetados de lo sensible por la propia violencia. Sin embargo, allí yacía su propia utilidad: No se pueden traer los sonidos del desaparecido, pero se pueden encontrar los sonidos que le sobreviven en su desajuste fundamental. Estos sonidos metonímicos de lo ausente no son contenedores de verdad, sino precisamente las excusas para hablar de su distancia con los referentes. Así, los sonidos, en su separación del espacio de resonancia original, funcionaron como aquellas muestras de memoria que mostrarían la relación efectivamente con la separación entre resonancia y resonante.

Así las cosas, en un lapso de tres meses, conversé con cinco familiares de personas desaparecidas: Hablé con Sandra, madre un joven desaparecido por las FARC en una zona del pacífico colombiano; Hablé con Ana, madre de una joven colombiana desaparecida en Quito Ecuador por agentes indeterminados; Hable con Lucía, madre de un joven desaparecido y asesinado por el ejército colombiano; Hablé con Fernando, padre de un joven desaparecido por agentes indeterminados en una zona selvática del sur del país; Hablé con Jimena, madre de un joven desaparecido y asesinado por el ejército colombiano³. Hay cuerpos ausentes, como cuerpos ya presentes, pero todos comparten la perversa intrusión de un vacío narrativo en el mundo, sin verdad, sin justicia, sin explicaciones ni dignificación

IV

Era la primera entrevista con Lucía. Hablábamos de la música que le gustaba escuchar a su hijo Javier. Ella recordó una canción que él solía dedicarle, la canción ‘Lagrimas de una madre’, interpretada por los Blue Caps. Me expresó que jamás hubiera pensado que su letra se convertiría en una premonición insistente; premonición que no podría resolverse sino luego de cuatro años. No obstante, Lucía me cuenta que durante esa oscura época no estuvo del todo separada de Javier. Narra que, noches antes de enterarse de su asesinato, Javier vino a visitarla; y no cabe duda de que era él, porque tocó la puerta como nadie más lo hacía:

Días antes de que yo me diera cuenta de esa noticia (del asesinato de su hijo), él, como llegaba y golpeaba así con los cuatro dedos (dobla los dedos de la mano y los golpea escalonadamente contra el sofá) ... Eran como las 4:30 de la mañana, estaba lloviendo y *la puerta sonó*. Yo escuché clarito y dije "*llegó Javier*". Yo quedé sentada en la cama y dije "*llegó Javier*".

³ Si bien la descripción general de los casos corresponde a la realidad de cada familiar, sus nombres y los nombres de sus seres queridos han sido modificados por motivos de seguridad.

Entonces salí, abrí esta ventanita y le dije "hijo, ya le abro". *Nadie me contestó*. Abrí y busqué y *no lo encontré por ningún lado*. No había nada. (Lucía, en entrevista, 2018).

No era la primera vez que escuchaba una historia parecida durante una entrevista. Semanas antes, Sandra me había contado que mientras caminaba la ciudad de Bogotá no podía sino encontrarse con la memoria de su hijo en cada rincón. Sin embargo, este acto de recuerdo tomó un carácter distinto cuando, momentos después, expresó que durante sus caminatas escuchaba la voz de Jaime. El la llamaba: “¡Gorda!”. Ella regresaba su mirada y no encontraba a nadie.

La memoria del desaparecido parece cargar algo que la excede. No es que no existan palabras para la experiencia, es que en algún momento estas tropiezan con una entidad innombrable que desplaza la cotidianidad a lo fantástico (Mahlke, 2017). Pero esto no es una estrategia retórica. Parece más bien que aquella parte indecible del desaparecido queda suspendida en el aire, abriendo el mundo a la escucha de su retorno siniestro, no como recuerdo ni como presencia completa, sino de manera espectral. Así, la presencia reprimida regresa como lo irrepresentable materializado, como aquello que Freud (1986) denomina *lo ominoso*.

El desaparecido no está ausente, está más presente que nunca, pero como una presencia ambigua angustiante. Por esta razón, Sandra cuenta que cada sonido que le recordara la selva -esa selva donde Jaime desapareció y que ella recorrió buscando su rastro- le hacía sentir un dolor y un odio profundos. Por esta razón, Ana expresa que evita las grabaciones de voz que conserva de su hija Camila:

Yo no me concentro, *no me puedo concentrar porque me volvería loca*, no sé qué sería de mí. Entonces, sí, tengo esos videos, fotos, grabaciones de ella, pero no, no puedo. Las miro como superficialmente, sin concentrarme, porque *si yo me concentro no sé qué sería de mí*.

Porque *yo tengo que seguir viviendo para poderla encontrar y saber qué pasó [...]. Mi objetivo es seguirla buscando y encontrarla, saber la verdad sobre mi hija.* (Ana, en entrevista, 2018).

Ana desafía, sin embargo, la idea de que el retorno de lo reprimido representa únicamente la muestra del acto represor. Más bien, parece que es sobre su manifestación siniestra en donde puede comprobarse la violencia, denunciarse y dirigir la vida a la justicia. El *haunting* de la memoria indecible no es solo terror, es un mandato al que se debe aprender a escuchar, como lo expone Sandra:

Hay una canción que la única persona que me la puede conseguir es mi sobrina. Ay, pero era terrible. Yo no me podía subir a un bus porque siempre esa canción sonaba. Me tocaba bajarme ¿Sabe qué hice para poder manejar ese dolor y ese llanto -porque yo me ponía a llorar en los buses? *Hice que mi sobrina la grabara en el celular, ese era el sonido del teléfono* (Sandra, en entrevista, 2018).

De este modo, si es lo ominoso la denuncia de la desaparición -violencia que intenta negarse a sí misma- es allí donde se manifiesta también lo utópico, la promesa del retorno y un mandato por justicia. En el sonido espectral se configura no solo la marca violenta, sino algo familiar, una manifestación que, aunque sea ambigua, da lugar al desaparecido. Así, el sonido como menciona el psicoanalista Alexander Stein (2004), abre el tiempo para un contacto musical compenetrado con el objeto amado. También así lo manifiesta Ana cuando explica las razones que la llevan escuchar las grabaciones que antes decía había decidido evitar:

Porque no la veo, porque la quiero tener, no la tengo y quiero tenerla cerca, más cerca que de costumbre, escuchando su voz. Eso me martiriza, porque [con] su voz es como si la tuviera

ahí, pero no la veo, no la veo. La puedo ver ahí, pero no la puedo ver en persona. Eso me hace mucho daño, pero es como si la tuviera. La tengo y no la tengo ¿cómo lo explico? (Entrevista a Ana, 2018).

En este punto deseo ser enfático (como lo es Ana): La conversación con el sonido espectral no se articula para la restitución de la presencia, más bien, como lo expresa Iain Foreman (2011) es en el sonido donde se remarca la distancia y donde se señala que hay *algo por hacer* (Gordon, 2008) frente a la ambigüedad atravesada en la memoria. El encuentro con el sonido es el encuentro con el vacío de sentido, que posee el contorno de un ser amado, pero que está lleno de su ausencia; hecho que nos desplaza y nos arroja a un presente donde ya es demasiado tarde, donde el pasado no se puede salvar y nos corresponde habitar sobre la base de su imposibilidad (Caruth, 1996). Lucía, mientras narra su experiencia visitando el lugar donde el cuerpo de su hijo fue abandonado hace once años por el ejército, expresa el anterior argumento en mejores -y también más familiares- palabras:

Yo miraba y lo veía en todas partes. Me imaginaba “por aquí pasó ¿cómo? si eso es muy lejos” [...]. ¡Ay no! *yo escuchaba dolor, gemidos, escuchaba gritos mudos, auxilio, “mamá”*. Los escuchaba ahí. Pero yo digo “si él ahí llegó muerto ¿dónde él gritó tanto? ¿Dónde me llamó?” Eso es lo que yo quiero saber. Quiero devolverme a ese lugar a ese camino a ver dónde fue, ese es otro punto que me queda por investigar. (Lucía, en entrevista, 29 de agosto de 2018).

¿Qué se puede extraer de los gritos mudos? No una respuesta en el plano de la lengua. Más bien, la no-lengua propia de la desaparición. Lo irrepresentable no es una abstracción, es una experiencia sensible materializada en los sonidos ausentes/presentes de los espacios misteriosos. En esos lugares, lo intestimoniable resuena como testigo integral de lo que violencia es: preguntas,

paradojas, sinrazones, exceso (Agamben, 2005). Si Lucía se cuestiona, no es porque no haya encontrado nada, es porque efectivamente se encontró con la presencia ambigua que encarna la aporía del testimonio, solo posible en la laguna de lo que no se puede saber. Es allí, en la conversación con espectros renuentes a la eliminación, en donde la búsqueda por verdad y justicia es habilitada.

V

Meses después de mis conversaciones con los familiares, en un bar del centro de Bogotá, mi atención fue asaltada por un sonido que parecía familiar. Se trataba del merengue ‘no hay pesos’, de la agrupación ‘Los cantantes’. Es una canción bastante popular, mas su familiaridad intrusiva no tenía que ver con ello. Había escuchado esta canción antes, con Fernando, uno de los participantes. Es el merengue con el que siempre recuerda a su hijo bailar en las fiestas familiares. Me encontré así, esta vez sin la compañía de Fernando, con que la canción abría un denso agujero en la pista de baile de aquel bar. Pero había un problema: Yo no soy Fernando, no soy el padre de Antonio, no tengo mucha idea de su cara y no tengo imagen alguna de cómo se mueve al bailar. Nuevamente, como ante el hueco de los hornos, se abría ante mí la imposibilidad de dotar de contenido a un espacio que sabía poseer un contorno, una presencia.

Esto había pasado antes y seguiría ocurriendo después. Y es que los resultados de la investigación no sólo estuvieron definidos por una escucha dirigida al testimonio, sino a su lugar de posibilidad, esto es, el encuentro con lo imposible. Así como conversé con los familiares, conversé también en diversos momentos con la desaparición, aquel agujero que se abre en la resonancia sin resonante. La posibilidad de estos testimonios y de lo que podría extraerse de ellos no surgió de la palabra, sino de aquello que, como menciona Juan Pablo Aranguren (2008), solo puede captarse en su indecibilidad. Escuché al familiar lidiar con ese vacío que aún permanece revestido de deseo, pero

en tal momento también fui testigo de un vacío particular: El que a mí se presentaba, pero que no podía si quiera imaginar y, en consecuencia, me decía algo sobre el acto investigativo: Cuando se resuena con la desaparición ¿dónde hay un lugar para representar su ilegibilidad?

Ahora ¿qué hacer al respecto? Como Lucía, el enfrentamiento a un imposible, materializado cada vez que buscaba atrapar sonidos en parques, avenidas, cocinas, piscinas, karaokes -creyendo que solo estaba nutriendo mi protocolo de entrevista- provocó un desencuentro que ahora me arroja a la búsqueda de respuestas, en este caso, para el quehacer académico ¿Qué posibilidades tenemos para indagar sobre la experiencia más allá de lo que de ella se dice? ¿Qué estrategias metodológicas tenemos y qué estrategias metodológicas debemos desarrollar para investigar la violencia como lo que es: Exceso? ¿Qué implicaciones tiene un proyecto de este tipo si la palabra se queda corta? ¿Cómo introducir estos conocimientos en la discusión académica? ¿Cómo pueden estos conocimientos trabajar en función de resolver aquellos problemas sociales que pretendemos comprender?

Referencias

- Agamben, G. (2005). *Lo que queda de Auschwitz: el archivo y el testigo*. Valencia: Pre-textos.
- Aranguren, J. (2008). El investigador ante lo indecible y lo inenarrable (una ética de la escucha). *Nómadas*, 29, 20-33.
- Briggs, C. (1986). *Learning how to ask: A sociolinguistic appraisal of the role of the interview in social science research*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Caruth, C. (1996). *Unclaimed experience: Trauma, narrative, and history*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press.
- Derrida, J. (1998). *Espectros de Marx*. Madrid: Trotta.

- Foreman, I. (2011). Uncanny Soundscapes: Towards an inoperative acoustic community. *Organized Sound*, 16(3), 264-271.
- Freud, S. (1986). Lo ominoso. En J. Stratchey (Ed.), *Obras completas: Vol. 17* (pp. 215-234). Argentina: Amorrortu editores.
- Gatti, G. (2008). *El detenido desaparecido: Narrativas posibles para una catástrofe de la identidad*. Montevideo: Trilce.
- Gordon, A. (2008). *Ghostly Matters*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Mahlke, K. (2017). Figuraciones fantásticas de la Desaparición Forzada. En G. Gatti (Ed.), *Desapariciones. Usos locales, circulaciones globales* (págs. 75-98). Bogotá: Siglo del Hombre Editores, Universidad de los Andes.
- Osuna, J. (2015). *Me hablarás del fuego: Los hornos de la infamia*. Bogotá: Ediciones B.
- Stein, A. (2004). Music, mourning, and consolation. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 52(3), 783-811.